

F
08

PRIMERA CONFERENCIA

ACERCA DE

MORAL

PRONUNCIADA POR

Don Roberto Andrade

en la Liga ecuatoriana de Libre-pensadores de Quito, el 28 de
Noviembre de 1905, y dos discursos de los Sres.

Rosendo Uquillas y Ricardo Félix



Imp. de la Sociedad "Gutenberg".



PRIMERA CONFERENCIA

ACERCA DE

MORAL

pronunciada por **Dn. Roberto Andrade,**
en la Liga ecuatoriana de Libre-pensadores el 26 de
Noviembre de 1905, en Quito.

SEÑORES:

La Moral es la ciencia que más se acerca á lo divino; de ella depende la felicidad de la vida. No alcanzan mis conocimientos, en tratándose de ciencia tan vasta y tan grandiosa, á ilustrar á la inteligente juventud que me escucha. Os dignaréis dispensarme si solamente me limito á apuntamientos.

Averigüemos el objeto de la vida, si queremos conocer en qué consiste la Moral. No es este objeto el placer, porque, á serlo, la vida no sería sino una ciénaga de vicios; no es tampoco el dolor, porque, á serlo, la vida debería terminar por el suicidio. El objeto de la vida es la felicidad, Señores. Sea cual fuere la idea que el hombre tenga de inmortalidad, de Dios y del culto externo, esto es, de sacerdotes é ídolos, por todos lados busca la dicha, ya que posee el dón de conseguirla, y el universo es medio donde se puede buscarla. La hubiéramos hallado ya tal vez..... Quien se ha opuesto es el hombre mismo; ó porque no ha podido dejar de obedecer á malas pasiones, ó porque todavía no ha mejorado su complexión, como se espera. Sectas y religiones positivas han sido el principal obstáculo: todas ellas han sido engañosas, todas ellas han pretendido ser autoras de otras tantas Morales, todas ellas se han desplegado en batalla unas contra otras, y así han extraviado á la humanidad de un modo lamentable. Todas las morales religiosas son erróneas, ya porque no se comprende el fundamento, el misterio, las revelaciones, lo invisible; ya porque su objetivo no es la consecución de la dicha en la vida, sino las penalidades, los sacrificios, el martirio. En todas las religiones antiguas y mo-

dernas, seguro es hallar transpiraciones de los hábitos desordenados del hombre, de las innumerables perturbaciones de su espíritu. La vanidad y la indolencia prevalecen en la religión de los indios asiáticos; la intolerancia y la soberbia, en la de los israelitas; el egoísmo y el ardid, en la de los egipcios; la superstición y desconfianza, en la de los americanos; la ferocidad y el rencor en casi todas las religiones antiguas. En casi todas las religiones modernas, la Moral requiere que el hombre no ame al semejante, sino que le odie, le excre cuando profesa distintas creencias; que destruya su existencia con abstinencias y ayunos, azotes y cilicios; que viva en desaseo repugnante, porque lo conveniente para ser feliz entre los muertos, es acarrear el desprecio de los vivos; que pierda la estimación propia, la vergüenza, la dignidad, el señorío, como sucede con los que acostumbran echarse de rodillas para confesar sus culpas. La Moral no debe buscarse en religiones, en sectas. El Evangelio es Código de Moral exclusivamente, Código de Moral el más perfecto en la historia, Código de Moral divino, como lo han calificado los siglos; y si como religión aparece, ello no depende sino de la voluntad de los intérpretes. Si el Evangelio no hubiera sido falsificado, mal interpretado, mal com-

prendido, él habría iluminado al mundo en veinte siglos, y quizá al cabo de este tiempo habría desaparecido al fin la desdicha. A lo que tiende la civilización desde hace tiempos, es á sustituir con la Moral los dogmas religiosos. La vida de veinte siglos ha sido para la humanidad casi inútil; la Moral ha permanecido en ellos oscurecida por el incienso religioso. Meditad un instante, Señores; considerad en que el linaje humano ha sido víctima, y ya sabéis hacia qué lado están los victimarios. Mejor sería que no lo supieseis. Basta conocer la maldad para evitarla; no hay necesidad de conocer al delincuente.

En todos los siglos ha dado el hombre á dos principios el señorío de todos los actos humanos: al bien y al mal: alcanzar la posesión del bien, es felicidad; ser tiranizado por el mal, es desgracia. Bien es la sujeción á las leyes naturales; mal, la violación de ellas. ¿Cómo conocemos el bien, cómo conocemos el mal, es decir, cómo damos con el lugar donde están escritas las leyes para estudiarlas y observarlas? "Ese lugar es el corazón," exclaman las religiones; pero necesario es que nosotras os ayudemos á leerlas, porque vuestros ojos son impotentes por sí solos. Para ayudaros, acudiremos á lo incomprendible, lo imposible, lo misterioso, la revelación, agentes sobrena-

turales". Ni las religiones mismas están convencidas de la existencia de tales medios; pero quieren que los hombres lo estén, para que se vean obligados á buscar refugio en dichas religiones, aterrados por el espectáculo del diablo. La existencia de agentes sobrenaturales no puede infundir á nadie confianza, porque de ella no hay una sola prueba concluyente, un solo testimonio irreprochable. No son, pues, estos agentes los que nos enseñan á conocer el bien y el mal. El hombre ha considerado en sí, en los recursos que tiene á su alcance, en los que él puede emplear de un modo positivo, sin atenerse á alucinaciones, á misticismos, á probabilidades de ultratumba; y ha hallado que el guía es uno que todos conocemos, del cual todos nos servimos, y se llama: instinto de conservación. Hé aquí resuelto el problema. Es innegable que en la naturaleza humana existe un impulso irresistible al progreso, á buscarse lo mejor de la vida, á permanecer en el mejor estado posible, á la felicidad, en una palabra. Se llama instinto de conservación este impulso: él nos lleva á ser felices, digo, y por lo mismo, nos enseña los medios de serlo, el conocimiento del bien y del mal, á practicar el primero y á evitar el segundo, en otros términos, el cumplimiento del deber. Ya por la observación nues-

tra, ya por la de los otros trasmitida á nosotros, sucede que vamos educando el instinto de conservación, ensanchando el conocimiento de lo que es deber y lo que no lo es, lo que es derecho y lo que no lo es, y convenciéndonos de que de la obediencia al uno y del ejercicio del otro depende en el mundo la felicidad perfecta. Deseo construir una habitación para ampararme de la intemperie y de los asaltos de las bestias: un vecino mío tiene una habitación como la deseada por mí, y de ella puedo yo apoderarme por la fuerza, porque mi vecino es débil y enfermizo. No me apodero de ella, con todo eso, porque me lo impide un grave inconveniente; el instinto de conservación, en verdad. El instinto de conservación me obliga á considerar en que, si la casa fuera mía, y otro se apoderara de ella por la fuerza, todas mis facultades y potencias se consagrarían á recuperar mi propiedad. ¿No sería para mí gran desdicha que mi vida no dependiese de mí solamente, sino también de la voluntad de los jueces, porque jueces deben castigarme, ya que he delinquido? El instinto de conservación me ha enseñado, pues, el deber, y del conocimiento del deber viene el conocimiento inmediato del derecho: de saber que debo respetar la propiedad del vecino, viene el saber que tengo el derecho de

exigir el respeto de la mía. Hé aquí la noción del deber y del derecho: deber es la obligación de practicar el bien y evitar el mal, derecho es la facultad de exigir que con nosotros se practique el deber. Hé aquí lo que se llama virtud, hé aquí también lo que se llama libertad: virtud es la observancia del deber, libertad es el ejercicio del derecho. Si hay virtud, no hay libre albedrío; si hay libertad, no hay esclavitud. Ahora ya podemos definir asimismo la ciencia de que estamos tratando: la Moral, fundada en el instinto de conservación, es la ciencia que trata del conjunto de los deberes y derechos.

El deber inspirará miedo, el derecho no ha causado hasta ahora sino orgullo: el derecho ha sido conocido, el deber no, á causa del error en que han permanecido los hombres, desde la aparición de ciertas sectas religiosas. Libre albedrío, han dicho éstas, y parte de la humanidad ha creído ciegamente en él. Libre albedrío es la facultad de obrar bien ó mal, según sea la voluntad del individuo. ¡Libre albedrío, si existen deberes! Quien sostenga de buena fe la existencia del libre albedrío, fuerza es que ignore en absoluto la naturaleza genuina del deber, ó sea, del hombre. La causa de la invención de este absurdo no es otra que la ambición de predomi-

nio, el ansia del inventor de ser tenido por Altísimo en la tierra. Creyendo el hombre en el libre albedrío, y en que tal religión puede suministrarle luz para que elija el bien, arrodíllase ante ella humilde, la religión se convierte en Dios, y el hombre viene á convertirse en criatura miserable. ¡Oh Dios y Señor de los hombres! ¡Si yo amo y respeto á mi padre, es porque me lo enseñan hombres, hombres quizá inferiores á mí, no porque la naturaleza, el deber me impe- lan á amarlo y respetarlo! Soberbia por una parte, y envilecimiento por otra. Esas religiones no se conforman jamás con que el origen del hombre sea el mismo de los irracionales, y al mismo tiempo, no aceptan jamás que el hombre pueda ser virtuoso, si no va aterrado por la idea del infierno. Las religiones han comprendido que existe un campo ameno, delicioso, por donde el hombre tiene necesidad de pasar en su viaje por la vida, y lo han amurallado en los siglos para que nadie pueda entrar á él sin permiso, esto es, sin abdicación de dignidad, lo que viene á convertirse en erogación de monedas. ¡Libre albedrío, para tener el derecho de prohibir cualquier acto! Libre es el camino por el puente y por el río; el del puente es fácil, el del río peligroso: puedes andar por el peligroso, pero es casi seguro que perez-

cas: debes elegir el fácil, pero estás obligado á pagar pontazgo.....Es indudable que entre la vida y la muerte, ó sea, entre la felicidad y la desdicha, la criatura humana tiene que elegir la primera; y por lo mismo, no es digno que las religiones positivas se atrevan á estimularla con el premio y el castigo, con la condición de que este estímulo sea indemnizado con envilecimiento y con dinero.....El deber es enseñado, es cierto, por las religiones que predicán el libre albedrío; pero este deber no es el de que hablamos, sino el necesario para completar el principio de autoridad profesado por las dichas religiones. Toda autoridad viene de Dios, aunque esté en manos de un tirano, dicen, y todo hombre está en el deber de obedecerla.

Examinemos las clases de deberes, ya que nos hemos formado idea de la condición del deber: hay dos clases principales, con practicar las cuales cumplimos con el deber de adorar al Todopoderoso. Estas clases son: la de los deberes para con nosotros mismos, y la de los deberes para con nuestros semejantes. Ambas ha de practicar el hombre á un mismo tiempo, si anhela la consecución de la felicidad pura y perfecta. Inquirir la felicidad propia con exclusión de la ajena, es egoísmo; inquirir la felicidad ajena con exclusión de la propia, es altruis-

mo. Ni el egoísmo ni el altruismo, empleados con independencia uno de otro, sirven para elevar á la felicidad á los hombres. El egoísmo acarrea odios, el altruismo obliga á mil penalidades. Sólo en un caso pueden merecer alabanza el egoísmo y el altruismo, aislados: en el caso de Lucrecia y de Ricaurte... Esto es ya heroísmo, y los héroes están fuera del dominio del común de los mortales.

El deber para con nosotros mismos nos prescribe, en primer lugar, la conservación de la vida, esto es, procurar la salud y evitar, al mismo tiempo, precipicios. Hé aquí que está visible el instinto de conservación como agente. La salud es indispensable para ser feliz, para ser virtuoso y bueno, y debemos buscarla y conservarla, como si tratásemos de la dicha, que es el blanco. La conservación de la salud requiere aseo, aire puro, baños, tranquilidad de espíritu, trabajo distribuido con método, vida sin vicios, buen sueño, buen alimento, paseos y recreaciones frecuentes é inocentes, en otros términos, el conocimiento y práctica de todos los preceptos higiénicos. Nos ilumina la alegría cuando nos acompaña la salud, y cuando estamos alegres, raro es que pensemos algo en perjuicio de nuestros semejantes. De la salud á la felicidad no hay gran

distancia. Con salud, podemos trabajar, y el trabajo es otro escalón para la dicha. El trabajo es el sacerdocio más sublime de cuantos sacerdocios ejercen los hombres. En todos los sacerdocios se evoca á la Divinidad con el objeto de protestarle que la humanidad la idolatra, que yace humillada á sus plantas, que en su idolatría llega al éxtasis, á la pérdida de la conciencia de sí misma. En el trabajo se evoca también á Dios, pero es para que presencie el afán, vea correr el sudor, oiga los latidos de las sienas de quien, por amor á Dios, prueba que se estima á sí mismo, que estima á sus padres y á sus hijos, á aquellos que de su trabajo reportan beneficio. ¡Qué es una oficina donde pululan trabajadores como sacerdotes en una ceremonia religiosa! ¡Qué actividad, qué sonrisas, qué brillo en las miradas, qué eflorescencia en las mejillas, qué dignidad, qué independencia, qué seguridad y confianza en sí mismos, en su obra, en lo presente, hasta en la incertidumbre del futuro. No hay el perfume de la molicie, de la devoción en brazos de la indolencia, ese perfume que arrastra á la culpa, á pensamientos pecaminosos, aun contra la voluntad de úno mismo; lo que hay es el aroma estimulante del esfuerzo, de la agitación, de la alegría de muchos, mezclado con el grato de la materia ela-



vorada, de la madera, de las telas, de la vegetación y la tierra pronta á producir. No hay la voluptuosidad de las formas, de los cuadros, de la música, de espectáculos teatrales, representados por la virginidad floreciente; lo que hay es la desnudez casta, el vigor activo, el ardimiento del estímulo, el ansia de tocar á la felicidad, á poder de incontrastable energía. Los sacerdotes religiosos se ejercitan en su ministerio por alusinar á las gentes, por mantener la ignorancia, por disculpar su ocio, por difundir el engaño, y cuántas veces también por vengarse de los que critican su imperio infundado é indebido; el sacerdocio del trabajo ejerce su ministerio por cumplir exclusivamente con el deber impuesto por Dios. El trabajo nos proporciona cuantos medios son necesarios para la conservación de la salud: nos da dinero y nos facilita la vida con buen alimento, con aseo, con reposo, en buena morada, con recreos á nuestro libre albedrío; el trabajo nos aleja de los vicios, y nos conforta en los dolores, nos mantiene en circunstancias de vivir independientes, de no vernos obligados á recurrir á caridades para obtener días más de vida; el trabajo nos convierte en benévolos, si nuestros instintos han sido hostiles al hombre, porque nuestra mente no puede detenerse en proyectos

contra nadie. Cierto, la devoción nos recuerda la infancia en una atmósfera diáfana, entre lluvias de granalla, entre fragancia de incienso y ondas de música triste. ¡Ah! pero la razón, guiada por la experiencia, por la ciencia, nos dice que la felicidad no está en ficciones. Aquellos sentimientos son precarios, y no están seguidos sino de los que causa la miseria. Nos enternece el tañido de la campana de Angelus, y la impresión es transitoria, ó nos lleva el pensamiento á melancolías estériles; nos golpea el tañido de la campana de un convoy de vía férrea, nos sugiere ideas viriles, de esfuerzo, de actividad, de comarcas lejanas, y nos lleva el pensamiento á dicha permanente. El trabajo nos trae salud, la salud nos acerca á la felicidad, lo repito.

Y la conservación de la salud no es deber para con nosotros mismos tan solo; es también deber para con nuestros semejantes. *Mens sana in corpore sano*, dijo un antiguo. Para que la inteligencia esté expedita, para que no yerre ni delire, es necesario que el cuerpo goce de salud. Y con la inteligencia obra el hombre, no únicamente en provecho propio, sino también en provecho de los otros. Lo mismo podemos decir de las operaciones puramente materiales. El enfermo, por inteligente y hábil que sea, á nadie sirve, y, al contrario, á los que le rodean pen-

siona, porque há menester que le asistan. La salud es también útil á la especie humana, por otro concepto, pues el hombre y la mujer tienen necesidad de propagarse. ¿Quién de los que me escuchan ignora la ley del atavismo, de la herencia? “Un homicidio es crimen menor que dar á sus descendientes una constitución envenenada, que causará la desdicha de su vida entera”, dice Spencer. Conocer y practicar la higiene, conocerla profundamente, practicarla asiduamente, es uno de los deberes morales más sagrados é imperiosos. ¡Qué males no han causado al hombre las imposiciones de cilicios, de abstinencias! Ellas le han arrastrado á suicidio involuntario. Digo involuntario, por atenuar el cargo. El suicidio es muy inmoral, muy odioso: es fraude, fuga de uno que adeuda al género humano. Y es aterrador el cúmulo de estragos causados en la humanidad por la vida de penitencia. Debilitados los centros superiores del cerebro por la abstinencia, el ayuno, los insomnios y otro linaje de torturas, viene la falta de atención en cuanto vemos y oímos, y en último resultado las alucinaciones místicas, los histerismos, las epilepsias, los éxtasis; vienen los Mahomas, los Loyolas, los Ruybrek el Admirable, Teresa de Jesús, Ana Catalina Emmerich, Margarita María de Alacoque,

mil más. "Desde los primeros años no dormía ni comía sino lo absolutamente preciso, dice el P. Duley, hablando de la Emmerich: pasaba en oración una parte de la noche, y á menudo oraba de rodillas en la nieve del camino". ¿Cómo se ha de dudar, dadas tales prácticas, del aniquilamiento total de la razón? Llega á faltar atención, en conformidad con leyes físicas, y la imaginación adquiere fuerza y se extravía. La Moral aconseja no destruir el equilibrio de la complexión humana, porque del desequilibrio provienen enormes daños á la especie. La prueba está en el proselitismo de Mahoma y de Loyola. No nos opongamos á la naturaleza en ningún caso: obedezcámosla cuando podamos conocer lo que ella manda.

El deber para con nuestros semejantes es fácil de ser practicado cuando es conocido y comprendido: su cumplimiento es lo más delicioso, lo más grato. "No hagas á otro lo que no quieras que otro haga contigo," dice una de las máximas del Código de Moral más luminoso de la tierra. Quien medite por algún tiempo, hallará que todos los deberes morales de que hablo, están comprendidos en este apotegma divino. De los deberes para con nuestros semejantes no se puede hablar sino enternecido, porque cada deber es un manantial inagotable de afecto.

tos. Lo primero que se ocurre á la imaginación es las lágrimas: si nos duele derramarlas, claro es que nos ha de complacer enjugarlas. El deber para con nuestros semejantes consiste en evitar que otro sea desgraciado, en proporcionarle paz y regocijo, el facilitarle el camino de la vida, para que, á su vez, nos facilite á nosotros el nuestro. Deber de cada uno es no quitar á otro la vida ni la honra, es decir, no asesinarle ni tampoco injuriarle, calumniarle. Entre hombres debámonos la vida, ya que rara vez podemos debernos la dicha. ¿Porqué arrebatamos á otro el derecho de vivir, y argüimos que ese otro está en el deber de respetar nuestra vida? La guerra es la más inmoral de las acciones humanas: la civilización ha declarado guerra á la guerra y su tendencia es extinguirla totalmente del planeta. Sólo cuando tratamos de defensa hay derecho de quitar la vida á otro; pero ni aun entonces alcanza este derecho á ser perfecto. Opino que el derecho es perfecto cuando el ofensor pierde los caracteres de hombre y se convierte en bestia brava, y un pueblo está sometido al dominio de este sér. La Moral manda quebrantar la cabeza de una vívora, especialmente cuando se la encuentra dentro de un hogar: hogar es una República, y vívoras llegan á ser ciertos desnaturalizados tiranos. Inju-

riar, calumniar, arrebatarse, la reputación á otro, la reputación que le sirve, si no para ser feliz, sí para arrostrar enormes penas, es un asesinato moral imperdonable. Las religiones aconsejan darse golpes de pecho en los templos, quitarse el sombrero si se oye una campanada, arrojarse si se encuentran estatuas de santos, y con estas prácticas creen el asesino y calumniante que ha desaparecido la responsabilidad del asesinato y la calumnia. ¡Y cuántas veces, aun durante dichas prácticas, el hombre proyecta nuevos crímenes, nuevos fraudes, nuevas impudencias, nuevos robos, pleitos que va á levantarle al vecino para arrebatarse lo poco que tiene! Seguro está, entonces sí, de que la responsabilidad de estos hechos desaparece con una operación tan sencilla como fácil: la de tirarse de rodillas, delatarse á sí mismo á oídos de un extraño, á quien acaba de convertir en Deidad. Devociones, ofrendas, genuflexiones, mil exterioridades y aspavientos, estos sí son deberes sagrados para las sectas y religiones reveladas. ¡Razón tiene de mirar la vida como carga los que viven sometidos á esta clase de deberes!

Bien comprendéis, Señores, que cuando hablo de injuria y calumnia, no me limito á cuchicheos de recámara, á murmuraciones de sacristía, á hablillas de

BIBLIOTECA NACIONAL
EUGENIO ESPEJO

corrillos: me refiero á la palabra hablada y á la escrita, me refiero á la imprenta especialmente, á esa voz de la humanidad que se deja oír al través de los siglos, así como en toda la redondez de la tierra. Lo que se dice con los labios no es lo mismo que lo que se dice por la imprenta: la voz de los labios puede ser llevada por el viento, la de la imprenta queda allí y la oyen las edades. Todos tenemos labios; mas no todos podemos hacer uso de la imprenta; y hé aquí porqué es alevoso el escritor que imprime libelos, especialmente cuando no firma sus escritos. Enseñar y deleitar por la imprenta, ennoblece; injuriar y calumniar, infama. Injuria es el agravio cuando no hay verdad ni justicia, calumnia la imputación de un crimen cuando no hay ni apariencias de verdad. Frases que hieran deben decirse, á veces, por la imprenta; á veces también que maten; pero no á todos debe imponerse pena de muerte, no todos deben ser jueces que la impongan. Se impone á los tiranos, á los malvados, á los enemigos del hombre, siempre que no hay otro medio de precaverse de sus crímenes, y entonces la palabra desempeña las veces de acero, de metralla. Se impone á los tiranos, á los malvados, á los enemigos del hombre, y los jueces son ejecutores, y como tales deben ser

dignos de constituirse en defensores de la especie, lo más eminente y selecto de ella, y sólo ellos deben arrojar venablos por la imprenta. Injuriar y calumniar sin pretexto plausible y en anónimos, es acción inmoral y detestable, quita al culpado la prerrogativa de hombre, y debemos hablar de él como de un áspid. No injuriamos ni calumniamos por la imprenta: ello nos acatren desprecio ó encono, y nos aleja la posibilidad de subir al trono de la dicha. Entre escritores, entre personas versadas en el uso de la imprenta, disminuye la criminalidad cuando no se acude al anónimo: el ofendido puede contestar al ofensor como en los duelos, no hay grande desigualdad en armas y en fuerzas, y por eso ha disminuido la enormidad del escándalo. El anónimo es asesinato alevoso: descubierto el delincuente, debe ser manaado á presidio por las leyes. Libertad de imprenta debe haber; pero libertad para el asesinato alevoso, no. Poco influyen las leyes en reforma de costumbres: lo que más eficazmente influye es la propagación de la moral. La previsión humana, enseñada por la naturaleza, ha designado á cada objeto su empleo: la imprenta sirve para enseñar, ilustrar, no para lastimar con agravios: en el primer caso se usa de la imprenta, en el segundo se abusa de ella. Depu-

remos el gremio de escritores, desde que éstos empiezan su tarea, por medio de una crítica tan severa como justa. Algo hay de desagradable, de inmoral en el modo como están escritos ciertos periódicos actuales, especialmente los que están tratando de política. Los opositores injurian á los gobernantes, los de Gobierno injurian á los opositores. Preciso es probar primero que opositores y gobernantes son malvados, para que la palabra rompa el aire como bala. No debemos dejarnos robar, es claro; pero nada podemos conseguir con el dicitario. Este, al contrario, no hace sino exasperar á aquel contra quien se dirige, y si se exaspera, no habrá corrección. Delitos y crímenes puede haber; pero todavía no son tan trascendentales. Procuremos conseguir á medias el objeto, valiéndonos de recursos que no causen grave daño á la Nación, y no alcanzarlo entero, si podemos ocasionar sangre y desastres. Este no es tiempo de tiranía, Señores. Discutamos, ya que entre nosotros hay políticos cultos; no nos demos de puñetazos, porque no todos somos bárbaros. Propaguemos la moral, en todo caso: ella derriba malesas, y ciega pantanos, y ahuyenta vívoras, y nos va facilitando el sendero. Honremos á quien, con toda su elocuencia embiste, exponiendo su vida, contra quien nos oprime y tirani-

za; execremos á quien, por malos instintos, cubre de vituperios al prójimo, aunque éste, por ventura merezca alabanzas.

La tolerancia de las opiniones ajenas, cuando no entrañan agravios reales, es otra de las obligaciones que nos van aproximando á la dicha. Tolerar es deber gratisimo, porque á nosotros nos da el derecho de opinar como sea de nuestro agrado. Por convencidos que estemos de la verdad ó justicia de la opinión que abrigamos, este convencimiento no debe ser tal que excluya dichos caracteres de las opiniones de nuestros semejantes. ¿Porqué sólo yo he de haber alcanzado la dicha de adquirir una idea justa y verdadera? Tolerad la opinión ajena, aunque tengais la certidumbre de que ella es injusta y falsa; toleradla en consideración á la flaqueza del hombre; mas sabed que tenéis siempre el derecho de suministrar otra idea al que está errado. Aquí entra la civilidad, deber que impone la naturaleza, no todavía la costumbre. Los hombres no somos fieras ni bárbaros, y nuestras discordias, ya que es impresindible que existan, no deben concluir con estrangulaciones ni zarpazos. Aun el bárbaro se domina, porque tiene afectos. Superior el hombre culto á salvajes y alimañas, dueño de armas tan divinas como inteligencia y afecciones, debe disputar con estas

armas tan solo, y el triunfo estará de parte del más noble y elevado.

¡Oh! Señores, qué fácil es vivir feliz, si todos buscamos la felicidad por el cumplimiento del deber, conocido este deber por el impulso que nos obliga á vivir, que nos obliga á gozar, sin que el goce nos traiga pesar, remordimiento. La costumbre engendrada por preocupaciones, alimentada por pasiones y vicios, por embustes é ideas erróneas, mantiénonos extraviados en el mayor número de casos, y forso es que pasemos la vida asendereados. Lo más sencillo nos cuesta mucho practicarlo. En las sociedades cultas, en aquellas en que el hombre tiene consideración por el hombre y pone esmero en demostrarlo, ¿cuándo sucede que dos hombres se citen para realizar un negocio en determinada hora, úno solo de ellos acuda, y el otro no le dé importancia al compromiso, fundándose, para no concurrir, en ridículos pretextos? ¿Hay seriedad alguna en estos actos, no es verdad que el informal demuestra que no es hombre, ya que desprecia á otro y á sí mismo? No ser puntual es dificultar la vida á otro, y quien dificulta la vida, empieza á perpetrar un homicidio. Acto soberanamente inmoral es hacer vaya de otro, aunque sea un niño: él tiene derecho perfecto de mirarnos como á seres degradados. ¡Qué idea da un

hombre exacto, serio cuando compromete su palabra! Es honrado, es decente, es amigo del orden, sus padres han sido honorables, es respetable y noble, merece miramiento, porque él lo tiene por los otros, débese tener confianza en él, no para las transacciones tan solo, también para depositarle la vida. ¿Qué diferencia con el que no es puntual, exacto: este es un iufusorio: ha ido descendiendo poco á poco, asoma, se oculta, desaparece, espira quizá maldecido de muchos, porque á muchos les dificultó la existencia con su conducta de arlequín. ¡Desgraciados séres estos! Poco les falta para ser tenidos por bazofia de la calle!

Donde hay consideración por los hombres, el hombre se fija en lo más trivial, á fin de no desagradar á los hombres. ¡Cuántos ejemplos podía yo sacar del maremagnum de nuestras negligencias, nuestros defectos, nuestras incorrecciones, nuestros delitos sociales! ¡Cuántas arbitrariedades y cuántos absurdos son tomados por los ignorantes por deberes, porque nunca se ponen ellos en el lugar del ofendido! Vivo como inquilino en una casa, pago mi pensión y no ofendo á nadie, mucho menos al señor de dicha casa: quiero gozar de libertad, pero me es imposible, porque el propietario de la casa se ha atribuido sobre mí derechos de señor: no puedo

entrar ni salir libremente, no puedo ni recibir las visitas que yo quiera. "Es mi deber vigilar á Ud., dice el amo: mía es la responsabilidad de las faltas cometidas por Ud., desde el momento en que Ud. habita mi morada," ¿Y este pretendido deber no debe ser llamado espionaje? No vivimos con la serenidad de hombres honrados, por mucho que sí lo seamos; no vivimos con la sinceridad de hermanos, por más que aparentemos que lo somos. Desconfiamos unos de otros, y es porque nos espiamos unos á otros, como si se tratase de temibles delinquentes; y nos espiamos porque estamos convencidos de que la menor de nuestras acciones es pecado y de que delatar un pecado es gran virtud! Entre nosotros más vivimos de la noción de lo que le acaece al vesino, que de atender á cuanto se refiere á nosotros; más nos importa saber que el vesino es adúltero, que la averiguación de si en nuestro hogar hay adulterio. Los pueblos sajones han adelantado más que los otros en lo que concierne á la vida del hogar: para ellos, la vida del hogar es todo, y á ella consagran todas sus facultades y potencias. El vesino sólo existe para ellos en cuanto les enseña, les es útil, y se abstienen de perjudicarlo para que tampoco él les perjudique. Cada uno adelanta, porque profesa esta moral, y del

adelanto de cada uno viene el adelanto general de los pueblos. ¡Cómo se han esforzado en andar, qué pesos han transportado á distancias, cuánto sudor han dejado en los caminos, cómo se aproximan á la felicidad aquellos hombres! ¡Y nosotros qué de absurdos no hemos aprendido desde nuestra tierna infancia, qué de luchas se han empeñado en nuestro ánimo entre imposturas y verdades, qué de resistencia obstinada hay todavía en nuestra patria para aceptar lo justo y verdadero! ¡Ah!; pero el Ecuador es dócil; lo único que necesita es enseñanza.

El deber es lo más delicioso, Señores: no hay en él la menor apariencia de carga. Uno es padre, otro es hijo, otro hermano, otro esposo, otro amigo, y todos somos prójimos. ¿Hay mayor dicha que ver á los hijos robustos, aseados, alegres, seguros de lo porvenir, porque son dedicados al trabajo, ilustrados, honorables, virtuosos, y todo por las solicitudes infatigables del padre? ¿Hay mayor goce que ver iluminado el semblante del padre, porque el hijo ha cumplido con su deber y le ha alegrado, trabaja y le proporciona holgura y bienandanza? ¿Hay mayor satisfacción que procurar el bienestar del hermano, cuando enemigos se han empeñado en causarle daño injustamente? ¿Hay mayor gloria que mantener la paz en el hogar, amparar á la esposa

en los brazos, cuando la amenazan la calumnia y otras intemperies sociales, alumbrar su senda, si está oscurecida por las tinieblas de la angustia? ¿Hay mayor contento, que dar la mano á un amigo para que salve un precipicio, aunque desde luego sepamos que no se ha de mostrar agradecido? ¡Oh, sí, todos somos semejantes, hermanos! El que salva la vida con riesgo á cualquier indiferente que estuvo á punto de perderla por haber caído en asechanzas, ya tiene conseguido un bálsamo que dulcificará sus mayores amarguras. ¡Qué hermoso es haber servido á los hombres!

Acoged mis ideas, Señores, si no las halláis contrarias á vuestra razón, á vuestras luces: si así sucede, ateneos á las Morales sectáreas, á las de las religiones positivas. En esto consiste el atributo de los llamados Libre-pensadores. Lo que os he dicho no es mío; es de la cultura de los siglos.

Servíos dispensarme. Otro día os hablaré del derecho, de las pasiones y los vicios, si gustareis.



DISCURSO

DEL

Sr. Rosendo Uquillas B.

Permitidme, señores, que por un momento os dirija la palabra, desautorizada desde luego, pero que tiene la valiosa ejecutoria de ser como la voz de la libre juventud ecuatoriana, de esa juventud que encarna el alma del pueblo y sintetiza las inapreciables conquistas del porvenir.

Refiere la leyenda bíblica, que para animar al Cosmos, el llamado Hacedor Supremo, pronunció el mágico *fiat lux*, y la luz fué en medio del Caos, formado por la continua sucesión de tinieblas impenetrables é increadas. No de otra suerte, Señores, el Librepensamiento ha lanzado entre nosotros el *fiat lux*, y, no cabe duda, la luz de la Razón será en la entenebrecida conciencia ecuatoriana, que tanto tiempo ha carecido de esa luz, no por ceguera natural, sino por la espesa benda del oscurantismo que, indignos gobiernos en criminal consorcio con el clero más indigno todavía, han tenido puesta en

sus ojos, para así hacer del pobre pueblo el instrumento inconsciente de su ambición y logrerías políticas los únos, y de su insaciable sed de oro y estúpido fanatismo el ótro.

Mi alma se ensancha al contemplar el inmenso vuelo que entre nosotros ha tomado la idea libre; vuelo que, echando por tierra el atavismo de una educación escolástica y las preocupaciones de raza, ha llegado á despertar las conciencias que dormía el fatídico sueño de la fé ciega, con todo su séquito de absurdos.

Ocho meses no más, á que un grupo de almas jóvenes y luminosas lanzó la altruista idea de organizar en esta Capital un centro de libre-pensadores. Entonces, tal intento fué tenido, por únos como una atrevida autopía y por los más como una descabellada y exótica pretención.

Aquellas almas veían claro; y, no obstante las burlas é insultos de la estulticia; á pesar de la desconsoladora abstención de los cobardes, prosiguieron con afán en pos del ideal regenerador vislumbrado, y, digan los hechos si hemos obrado ó no con fé inquebrantable de apóstoles y con clarovidencia de videntes.

¡Ocho meses! Imposible parece que en tan corto tiempo y en la hasta ayer República del Sagrado Corazón de Jesús y de María Santísima, haya podida organizarse una Liga compuesta de hombres levantados, convencidos y emancipados del ominoso al par que envilecedor tutelaje de Roma.

Y no es que la conciencia ecuatoriana estuviese acanallada: esa conciencia yacía abatida, inerte bajo el aplastante peso de la iglesia católica. No es que el alma de este pueblo se hubiere envilecido. nó: esa alma vagaba á tientas, falta de luz, sin poder distinguir más otra cosa que las absurdidades y estúpidos dogmas de una religión impuesta ó imposible.

Pero vino el despertar de esa conciencia, el levantarse de aquella alma. Lució el Libre-pensamiento, y henos aquí, numerosos, altivos y dignos camino de la conquista de la Verdad, sin más guía que la Razón y sin otra norma que los dictados de nuestro propio criterio.

Hay quienes preguntan, por verdadera ignorancia únos, por refinada malicia ótros, ¿qué es el Libre-pensamiento? Aunque la misma palabra lo está indicando, precisa dar una idea de su exacta y filosófica definición. El Libre-pensamiento es una religión? nó; es una secta? tampoco. Según la grandiosa *Declaración de principios* votada por unanimidad en el Congreso internacional de librepensadores, reunido en Roma, en Setiembre de 1904, "el Libre-pensamiento no es una doctrina; es un método, es decir, una manera de conducir el pensamiento y, por consecuencia, la acción, en todos los dominios de la vida individual y social"..... Todos los creyentes, agrega uno de los congresistas, cabéis, por tanto, en el Libre-pensamiento, con tal que lo que creáis sea, no por imposición de un clérigo, de un rey ó de un amo, sino alcanzado por nuestra reflexión libre y sin sanción de otra autoridad que nuestra razón".

Veis, Señores, lo sublime, lo importante, lo racional del Libre-pensamiento? Medís el beneficioso alcance de su propagación ya para el individuo aislado, ya para la sociedad en conjunto, ya para los pueblos en general?

Pensar y creer libremente, sin sujetarse á otra regla que á nuestra propia razón. ¿Hallais algo más justo, más lógico, más puesto en derecho y más conforme á la racionalidad humana? Ante el Libre-pensamiento, no existe, pues, lo sobrenatural, los dogmas se desvanecen, el milagro desaparece, y, por último, todas las religiones positivas, todos los credos impuestos caen

de sus movedizos pedestales y van á sepultarse en el osario de estúpidas invenciones y repugnantes absurdos. Por eso, que la misión del Libre-pensamiento, sea la de combatir mediante la propaganda en todas sus formas, así al Judaismo como al Cristianismo, así al Brahamanismo como al Catolicismo, tanto al Budhismo como al Babismo; en una palabra, á toda doctrina que se diga ser revelada y cuyas bases no descancen en los incommovibles y eternos principios de la ciencia positiva y experimental.

De otro lado, la idea que encarna el Libre-pensamiento, no está circunscrita á tal ó cual pueblo, á este ó aquel país, nó. El Libre-pensamiento es universal, y lo que anhela es el más santo y denodado humanismo. Y si el ideal humano consintiese ser una religión, seamos nosotros, Señores, sus más abnegados, y si cabe decir, sus más fanáticos adeptos.

El mundo pensante ha comprendido ya lo urgente, lo indispensable de aunar sus energías todas, de estrechar sus filas y de consolidarse en toda forma; y así unido, compacto y poderoso, aniquilar el error y la farza, dar el grito de muerte á todas las religiones y establecer definitivamente el imperio de la Razón y la Verdad. Y como la causa por la que lucha el Libre-pensamiento es de toda la humanidad, como el fin que se persigue es tan benéfico y saludable, vemos, con regocijo, que de todos los ámbitos del orbe, acuden las almas libres, por sí ó por medio de delegados, á inscribir sus nombres en el gran libro en el que constan los de todos aquellos que se han emancipado de la coyunda religiosa.

* Primero fue Ginebra, la Roma pagana, el lugar de cita, donde se reunió el primer Congreso internacional de librepensadores, y donde se cimentaron las bases de la única religión que deben tener los pueblos: la Verdad y la Ciencia. Después, el águila libre lanzó su vuelo hacia la

ciudad llamada *santa*, hacia la Roma de los Borghias y de los Médicis, y fué á posarse frente á frente del Vaticano, ese alcázar de todos los despotismos, y allí picoteó, hasta hacer verter sangre, las trémulas y descarnadas manos del *infalible*, del Pontífice Máximo, del Papa rey del neciente y expirante Catolicismo. En este segundo Congreso universal que se verificó en 1904 y al que concurrieron 5.000 congresistas de toda nacionalidad, se discutió y adoptó la sublime *Declaración de principios* presentada, por el gran Fernando Buisson, documento que pasó ya á la Historia y que tiene quizá mayor mérito intrínseco que la *Declaración de los derechos del hombre*.

Finalmente, en el mes de Setiembre último, tocóle en suerte á París, presenciar el tercer Congreso internacional del Libre pensamiento. Qué de soberanas intelectualidades convergieron á la capital del cerebro del mundo! Cosa de 6.000 representantes acudieron al palacio del Trocadero, donde se trató, de preferencia, tres cuestiones talvez las más arduas é importantes á que ha llegado la inteligencia humana:

La una en el orden ético; la Moral sin Dios;

La otra en el orden filosófico; preparación de una Enciclopedia, que mate la obra tenida como divina de esa enciclopedia de fábulas, leyendas pernográficas, milagros é invenciones adefeciosas que constituyen la Biblia hebráica;

Y la tercera, de orden vital para los pueblos de la humanidad: la cuestión de la paz.

¿Compréndese ahora la obra ultruista y humanitaria, no digo *divina*, entendedlo bien, por que la palabra *divinidad* no debe existir para ningun cerebro dotado de racionalidad, la obra super-sublime del Libre pensamiento? ¡Ah! prueba incontestable de esta verdad es, que á esa obra arriman el hombro los hombres más sabios que en el día tiene el mundo. Allá han concu-

rrido Hæckel y Hoftmam por la profunda Alemania; Roberston por la sesuda Inglaterra; Sergi, el ilustre profesor de Roma, y el diputado Andreis por la redimida Italia; el gran filósofo Héctor Denis por la simpática Bélgica; el apóstol de la Paz, Magalanes-Lima por el Portugal; los atletas Buisson, Furnemont, Petit Jean y Bertelot por la intelectual Francia; Salmerón, Fernando Lazano y Odon de Buen por la infatigable España; Diver-Dinés, publicista, por Hungría; Radlonski, diputado, por la infeliz Polonia; Semenoff por la nueva Rusia; Gratia Candas por las Antillas, que ansían tener el alma blanca; Tarrida del Mármol por Cuba, la estrella ya no solitaria; Shui por la inmensa China; Charles Fulpius por la risueña Suiza; Domela Niovenhuis por Holanda; Ugarte por la ejemplar Argentina y miles otras notabilidades en las ciencias, en las letras y en la política.

Para que la obra resultare completa, imposible que faltara el elemento femenino, representado por la Sra Bradlaug, por Mdamo Gathi de Gamond, Madme Sargues, Ida Altman, Edwards Pillett, Angeles López de Aynala, Belen Sárraga, Paz Lozano y Esperanza Znrdo quienes, desde la prensa y la tribuna han lanzado el *surge et ámbula* al oído de todas sus congéneres y predicán llenas de fé y entusiasmo en pró de la emancipación moral de la mujer.

Puede dudarse un solo instante, del feliz éxito del Librepensamiento, contando con tales elementos y corriendo tras semejante ideal? Jamás! Antes bien, la labor se activa día á día y las almas como movidas por una corriente eléctrica, se ponen de pie, miran de frente el luminoso sol de la Razón y convencidas de que su luz no hierre ni ciega, prosiguen adelante en busca de la Verdad, que es el paraíso de las almas grandes.

El año próximo, será en América, en Buenos Aires, donde se llevará á cabo el cuarto Congre-

so internacional. Para entonces, ojalá que el Ecuador llegue á estar representado por una delegación enviada del seno de esta Liga. Mientras tanto, no nos demos punto de reposo en activar la propaganda, valiéndonos de conferencias, libros, periódicos y hojas volantes. Parte del pueblo ha botado ya la venda del oscurantismo y necesita luz, mucha luz. A los que aún permanecen en las tinieblas, hay que gritarles al oído: que los dioses se van, que las religiones son groseros mitos, los dogmas, absurdos ridículos y el milagro, una estúpida invención. Hay que manifestarles, y nada más, pues la convicción vendrá de suyo, que la única religión posible, si tal puede llamarse, es la de la Razón y la Verdad; es decir, la del Librepensamiento.

Juventud libre y altiva de mi Patria, vos que disponeis de la fuerza en todas sus manifestaciones, á vos os cumple asestar el golpe de muerte á la farza religiosa. Nada de dogmas, nada de imposiciones degradantes, nada de restricciones temerarias. ¡No más guerra! Luz, mucha luz para las almas; espacio, infinito espacio para el pensamiento; paz, paz para los pueblos. De ese modo bien pronto se levanará de todo el mundo una voz general que proclamará: de la Humanidad una sola familia, del universo toda una inmensa República y la única religión el Librepensamiento.



DISCURSO

DEL

Señor Ricardo Félix

SEÑORES:

Organizada definitivamente la "Liga Ecuatoriana de Libre-pensadores" mediante la recepción de la promesa de estilo que ha prestado el lucido personal designado para dirigirla; al presenciar la realización de tan fausto acontecimiento, al tender la vista por el grandioso cuadro que se me presenta; permitidme, Señores, ocupar por unos momentos esta tribuna, para dirigiros las palabras que mi conciencia libre hace venir á mis labios; permitidme, Señores, que, olvidado de mi insuficiencia científica y literaria, autorizado tan sólo por la íntima confianza que me inspira el concurso de tantos corazones congregados aquí por el amor más digno; prevalido únicamente de las frases de aliento que leo en las altivas frentes de tantas inteligencias elevadas unidas en este recinto por el ideal más noble, permitidme, os digo, dé libre

expansión al febril entusiasmo en que se agita mi pecho y exprese, aunque con débiles acentos, mis fervientes votos porque no se defrauden nuestras esperanzas, quedando acaso en la esfera de meras utopías y doradas ilusiones los altos y realizables fines á que aspira nuestra Liga.

Compañeros! Siento que se me dilata el corazón y que campea la fantasía de mi cerebro; porque veo brotada ya, en el suelo que nos vio nacer, la planta salvadora que debía germinar y robustecerse, al calor fecundante del sol de la Libertad que lució para los ecuatorianos, en la alborada del glorioso 5 de Junio de 1895; porque admiro al flexible arbusto que, en no lejana primavera, llegará á ser un árbol gigantesco, cuya copada cima se ha de poner en las nubes, cuyo tupido follaje no podrá descuajar el huracán de la tiranía, cuya conservación custodiarán los espíritus de nuestros mártires de la Libertad, cuyas perfumadas flores han de embalsamar la atmósfera social, de cuyos sazonados frutos se alimentarán y en cuya fresca sombra han de buscar abrigo las generaciones futuras contra el fuego abrasador del mediodía, contra la luz venida del Vaticano: luz que no calienta, ilumina y vivifica, como la que nos viene de oriente, sino que, como la de occidente, arde, quema, incinera.

Siento que mi espíritu se enajena; porque veo desencapotarse el horizonte de la Patria de Olmedo, de Rocafuerte y de Montalvo y asomar el sol del libre-pensamiento, con la plenitud de sus fulgores, en un cielo hermoso, limpio de nubes, libre de tempestades; porque los negros y densos nubarrones, inmóviles cual una masa de plomo, con que el Conservatismo ha enlutado hasta ahora la conciencia nacional, huyen y huyen en vertiginosa carrera, sin esperanza de regreso, para precipitarse en los abismos del pasado, cediendo el campo al paso victorioso que

BIBLIOTECA NACIONAL

se abren la luz y los vientos del progreso y civilización modernos.

Siento un alborozo supremo; porque franca y paladinamente, sin vacilaciones ni reservas, sin reticencias ni ambages, á la luz del mediodía y ante el universo por testigo, erguidas las frentes y entusiastas los corazones, se congregan un puñado de valientes y distinguidos ciudadanos del país, para tremolar en lo más alto el estandarte de la Razón autónoma, después de haber escrito en él, con caracteres claros y bien definidos, ésto lema: "¡Abajo la autoridad de la fe ciega! ¡Abajo todo convencionalismo político ó social!

Vitoreemos, pues, con frenético delirio y con ¡hurra! atronadores á la Libertad y al Derecho; porque sus eternos enemigos, la Esclavitud y la Injusticia, después de una década de indeciso batallar, abandonan las calles y las plazas, desfilan ya y se desplegan, reduciendo su campo de acción á los estrechos y menguados límites de las iglesias, claustros y conventos.

Felicitémonos; porque solo en esos antros están atrincheradas las huestes contrarias, que disparan sus tiros emponzoñados desde lo secreto y recóndito de un confesonario: la mentira y el crimen temen los ojos de la luz, son enemigos cobardes que acometen escondidos en las sombras y escudados con el misterio

Congratulémonos; porque han repercutido ya en nuestras hoyas interandinas los ecos del grito de independencia espiritual, lanzado por el Congreso de Libre-pensadores, reunido en Roma el 28 de Setiembre del año próximo pasado.

Entonemos himnos fervientes en loor de la Moral y de la Ciencia; porque no es ya un dicho aventurado, hijo tal vez de una imaginación calenturienta, sino una alhagadora realidad, la ventajosa posición que ha logrado conquistarse el Racionalismo en los dominios de nuestra sociedad ilustrada: sólo los perversos que medran

con la conciencia de la muchedumbre, nos condenan: sólo los admiradores teóricos de lo bueno, los meros adoradores de la idea, los espíritus débiles, que no son capaces de ponerse en lucha abierta contra lo que la generalidad practica, sólo éstos nos desaprueban; pero, en cambio, la aristocracia del talento y la virtud se ha alistado en nuestras filas, y todos los liberales de entendimiento y corazón están con la Liga.

Y esta buena acogida era de esperarse. La emancipación individual y social de todo despotismo es el ideal hermoso á cuya luz vuelve los ojos la humanidad pensante, ávida de un rayo de luz que alumbre y acaricie su frente y conforte su corazón que agoniza; es el punto luminoso, el abismo de fulgor, la visión délfica que fascina que atrae, que arrastra con sugestivo encanto. La soberanía de la razón, es el nuevo Mesías que ha de redimir á las almas del cautiverio de mitos, símbolos y fórmulas que les allige; es un Dios, en cuyo infinito regazo se explican y armonizan todas las tendencias y aspiraciones racionales.

Este ascendiente, repito era de esperarse. Cuando el pensamiento rompe las cadenas con que la ignorancia le detiene cautivo, enclavado en el suelo y sujeto á vivir en un ambiente nublado y asfixiante, como el águila audaz de Olmedo hiende con sus alas las tinieblas y alza el vuelo hasta perderse en las remotas y espaciosas regiones del empíreo, iluminadas por las ondas de fulgor que lanza el sol de la ilustración; cuando se ejercita el libre examen, los prejuicios y soluciones preconcebidas desaparecen; cuando el racionalismo yergue su lúcida cabeza, el misticismo abate su oscura frente; cuando se profesa la religión del espíritu, se apostata de la religión de los sentidos; cuando la ciencia se mueve, la fe superticiosa se desquicia; cuando se erige un altar á la filantropía, el santuario del

ídolo egoísta se desploma; cuando la Razón viene "los dioses se van"

Pero ¡alerta correligionarios! ¡atenta! El enemigo desfila y se replega; mas no se da por vencido: nos reta ante la muerte y jura arrollarnos en todas direcciones.

Nuestro valor y patriotismo están puestos á dura prueba: una lucha incesante, lucha terrible, lucha de azares y peligros nos espera; pero tanto más digna de ser ansiada por las almas grandes, por los espíritus fuertes, por los pechos generosos.

Animo, paladines de la Idea! Aceptemos heroicamente el reto, y no nos acobarde el estrechamiento que sacude el pecho del soldado en los momentos precursores del ataque ¡Animo! Que no alcanza la corona quien no arrostra la lucha

¡Adelante! ¡Compañeros adelante! Si no logramos coñir nuestras sienes con los laureles del triunfo, siquiera domaremos el ímpetu y osadía de los furiosos embates del enemigo: una fuerza se equilibra con otra igual; pero directa y diametralmente contrapuesta. Adelante! aunque los defensores del cielo, para oprimir á la tierra nos regalen con los calificativos de *pervertidos consumados, sacrilegos impíos*. No lo somos porque no es religión el fanatismo, ni culto la aparatosa práctica de ritos. No lo somos, porque no es virtud la idolatría, ni piedad, la superstición; No lo somos porque, como dice Rousseau "no es Dios el más estúpido el más cruel de los tiranos"

Mas nosotros combatamos con las armas nobles. Con la ciencia por casco, la pureza de sentimientos por coraza, la firmeza de carácter por escudo y la pluma por espada, lidiemos en ruda y tenaz pugna. Apresuremos el paso y marchemos á vanguardia; desentrañando nuevas fuerzas y haciendo brotar de nuestras mismas heridas la bravura y el coraje que acaso lleguen á faltar-

nos, muramos y muramos en la brecha, sin desesperar de la victoria.

Pero antes de arrojarnos en medio de las armas, recordemos nuestro santo y seña, y aceptemos esta táctica: unir nuestras filas. Después de los rencores personales, sacrificadas las miras partidaristas, postergadas las emulaciones y rivalidades indebidas que desgraciada, pero sólo momentáneamente han podido fraccionar al gran Ejército Liberal, debilitando su poder; agrupémonos, en estrecho y fraternal abrazo, al rededor del pabellón rojo, y con todo el ardor de la más completa convicción, con la fe en la excelencia de nuestra causa, juremos por lo más caro para el Pueblo Ecuatoriano, juremos por el semidiós de las batallas del pensamiento, juremos por Montalvo, prosternados ante su sombra veneranda, juremos morir con las armas en la mano; juremos hacer que caiga la venda falaz con que impostores, embusteros y falsos intérpretes de la Divinidad han cubierto los ojos á la crédula turbamulta; hacer conocer á nuestras masas lo que vale la personalidad humana; hacer guerra sin tregua á todo convencionalismo político y social; hacer fecunda labor doctrinaria; hacer política; pero no la política rastrea, de intereses egoistas, de claudicaciones miserables y de intrigas; sino la política de principios, política grande, política de la salud pública, política de la Razón y del Derecho.

HE DICHO.



